

Ascensión: La hora de nuestra misión

La Palabra de Dios que proclamamos en esta fiesta nos presenta dos relatos distintos de la Ascensión: la primera lectura tomada del libro de los Hechos y el final del Evangelio según San Mateo. Si confrontamos ambos relatos notaremos que difieren entre sí. Pero el hecho de que la Iglesia los haya conservado a pesar de todo es una indicación de que no debemos quedarnos en lo literal, el dónde, cuándo y cómo de la Ascensión, sino que debemos enfocarnos en su sentido para la comprensión del Misterio Pascual.

Y bajo esa luz, es posible ver la Resurrección del Señor y su Ascensión no como dos acontecimientos distintos, sino más bien dos dimensiones del mismo acontecimiento. Cuando hablamos de la Resurrección, ponemos el acento en la presencia de Jesús resucitado entre nosotros; cuando hablamos de la Ascensión, ponemos el acento en lo que en este mundo percibimos como su ausencia. Esa paradoja de una presencia que es a la vez ausencia es la misma que experimentamos en nuestra vida de fe.



Ghiotto, Ascensión
(capella degli
Scrovegni, Padova,
1305)

Pero esa ausencia no es necesariamente negativa. En los diálogos de la Última Cena que hemos recordado en estos días, Jesús insiste en que su ausencia, el fin de su presencia visible entre los suyos, aunque dolorosa para ellos, es necesaria: “les conviene que me vaya”, “me voy, pero no los dejaré huérfanos”. ¿Por qué

razón? Podemos establecer una comparación con lo que sucede entre padres e hijos cuando éstos crecen y deben hacerse responsables de su propia vida y, más aún, deben dejar de pensar en sí mismos para hacerse responsables de otros por amor, comunicando el amor y el cuidado recibido.

En los Evangelios se retrata a los apóstoles en una actitud de inmadurez y dependencia: aman a Jesús, pero no participan todavía lo suficiente de su amor por los hombres. Constantemente buscan limitar su propia responsabilidad, como vemos en los relatos de la multiplicación de los panes, en que instan a Jesús a “despedir” a la gente y desentenderse de su necesidad. Hasta el fin estarán más

preocupados de su propia suerte que de la misión que les espera. El relato de la Ascensión en la primera lectura nos muestra el paso hacia una fe madura.

Los apóstoles, en la conversación final, le preguntan a Jesús: “¿es ahora cuando vas a restaurar el reino a Israel?” Todavía se sienten espectadores pasivos. Pero Jesús les responde: No les corresponde conocer el tiempo, pero recibirán el Espíritu Santo para ser mis testigos “hasta el confín de la tierra”. Ha llegado el tiempo de la misión.

En este contexto cobra sentido la escena de la Ascensión. Jesús, delante de los apóstoles, se eleva al Cielo hasta que “una nube lo oculta de su vista”. La nube es una imagen bíblica de la presencia misteriosa de Dios, un modo de ser visible en su ocultamiento. Jesús estará en adelante “sentado a la derecha del Padre”, oculto a nuestros ojos, pero visible en su Iglesia.

Finalmente, mientras los apóstoles tienen sus ojos “fijos en el Cielo”, dos ángeles le salen al encuentro diciendo: “Qué hacen mirando el Cielo...”, una exhortación que no está dirigida, obviamente, contra la fe, sino contra la tentación de buscar en la fe una forma de evasión, rehuendo la propia responsabilidad de cumplir la misión que les deja Jesús.

Durante el Tiempo de Pascua, como decíamos al principio, hemos renovado nuestra conciencia de que Jesús Resucitado está presente a nuestro lado, y camina con nosotros, como con los discípulos de Emaús. La Ascensión nos ayuda, en cambio, a entender el sentido de su ausencia: ésta no es puro vacío, privación o lejanía, sino que es la condición necesaria para que madure en nosotros la fe pascual.

La Ascensión nos invita a abandonar la etapa de la fe inmadura y dependiente, que quizás es obediente de las normas y observancias, pero que es también pasiva, sin iniciativa, propensa a rehuir responsabilidades en la misión evangelizadora de la Iglesia, porque todavía está demasiado centrada en el propio yo, y no logra ponerse en sintonía con el amor de Jesús, su solicitud por la salvación de los hombres.

Es cierto que la consigna de anunciar el Evangelio “hasta los confines de la tierra” puede parecer ajeno a nuestras posibilidades. Pero esta expresión tiene un sentido básico que nos incumbe a todos: no debemos rehuir a nuestras responsabilidades en el anuncio del Evangelio, no debemos ponernos límites de antemano, porque esos “confines” pueden estar muy cerca de nosotros: en nuestra familia, en nuestro trabajo, en la parroquia, el lugar en que vivimos o las personas que Dios nos pone en el camino. No nos quedemos “mirando al Cielo”: el Señor, resucitado y glorificado a la derecha del Padre, nos envía al mundo.

P. Gustavo Irrazábal